

# REVISTA DE REVISTAS

## A) HISTORIA DEL PENSAMIENTO FILOSOFICO Y FILOSOFICO-JURIDICO

MARCEL (Raymond): «*Saint*» Socrate patron de l'humanisme, en «*Revue Internationale de Philosophie*», Bruselas, año V, 1951, fasc. 2, núm. 16 (págs. 135 a 144). Dedicado al Renacimiento italiano.

Desde que el oráculo de Delfos reveló a Querefón que Sócrates era el más sabio entre los hombres, su nombre alcanzó una tal resonancia que ha constituido permanentemente preocupación fundamental para los historiadores del pensamiento humano. Bossuet dijo: «La sabiduría consiste en conocer a Dios y en conocerse a sí mismo.» La afirmación se ha repetido en numerosos pensadores cristianos: es natural, por tanto, que la filosofía cristiana retenga con fervor y cultive con fruición la sentencia que Sócrates colocara en el frontón del templo delfico y extraiga de ella preciosas conclusiones.

Esto no obsta, sin embargo, para que el problema del «socratismo cristiano» en la Historia —como subraya Gilson— esté por hacer (cfr. *Esprit de la Philosophie médiévale*, París, Vrin, 1944, páginas 214-234). Porque Sócrates se impone como una figura de primer orden que fuerza a la admiración, siendo inevitable que tamaña personalidad provoque, en el campo cristiano, el deseo de la comparación.

Estas comparaciones son de dos órdenes: bien Sócrates es considerado como un gran profeta —en razón de la sublimidad de su doctrina—, bien es equiparado a los santos —en razón de sus virtudes y su muerte—. La distinción puede ser sutil, mas es necesaria para comprender cómo Sócrates, que para los apologistas cristianos de los primeros siglos no era sino un intérprete de aquel verbo «que ilumina a todos los

hombres cuando vienen a este mundo», llega a ser, entre los humanistas del Renacimiento, un tipo de perfección digno de ser comparado, no solamente a los santos, sino al mismo Cristo.

El autor examina luego, a la luz de textos auténticos, el sentido de la invocación «San Sócrates, ruega por nosotros», tradicionalmente atribuida a Erasmo. Se descubre y se denuncia una mutilación del texto. Se analiza la admiración que hacia Sócrates sintieron los maestros de Erasmo, es decir, los humanistas italianos. Así, Salutati, Landino, Bruni, Bessarion, Manetti, Ficini, etcétera.

Lo incuestionable —concluye el autor— es esto: «Sócrates ha ocupado en el espíritu de los humanistas un puesto de primer orden y ha representado para ellos el tipo de perfección que un hombre puede alcanzar cuando atiende plenamente a las aspiraciones de su alma.»  
MANUEL JIMÉNEZ DE PARCA.

LLAMBÍAS DE AZEVEDO (Juan): *Antisocráticos y semisocráticos en la Filosofía del Derecho y del Estado*, en «*Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*», Montevideo, enero de 1952 (págs. 175-248).

La enseñanza de Sócrates poseía tal fuerza y superioridad, su vida y su muerte —con sus rasgos opuestos de transparencia y enigma— adquirieron tal resonancia que fué imposible pasarlas por alto. Desde fines del siglo V, en efecto, se desarrolla toda una literatura en torno de él, producida por discípulos y enemigos. Llambías de Azevedo se ocupa sólo —en este amplio artículo— de los que tomaron posición frente a sus ideas sobre el Derecho y

la Política, sea combatiéndolas, sea continuándolas con mayor o menor fidelidad.

Aristófanes expuso a Sócrates a la burla de todos los griegos, atribuyendo a su Escuela una absurda concepción del Derecho, que en realidad sólo podía derivarse del modo de pensar de algunos sofistas. Sin embargo, coincide con él en su posición crítica frente a la democracia, y llega a fantasear independientemente una utopía política.

Isócrates, Aristipos y Antístenes combinaron tesis de sus primeros maestros sofistas con el moralismo socrático.

Isócrates, de este modo, amplía la esfera de vigencia de la concordia hasta fundar el ideal panhelénico, y es el único que no reniega de la democracia, limitándose a proponer la restauración de su forma tradicional y conservadora.

Aristipos sólo advierte el elemento utilitario, que interpreta en forma hedonista, y sostiene un individualismo que libera al hombre de todos sus deberes en el Estado.

Antístenes, al contrario, admira a Sócrates su dominio de sí y su independencia interior, y propone un ideal de existencia que hace superfluas todas las formas creadas por el hombre, entre ellas el Derecho y el Estado.

Xenofón y Platón, por último, no pierden de vista la totalidad de los valores que integran la ética socrática, afirman su validez dentro de la vida social, y, yendo más lejos, convierten la distinción de ignorantes y filósofos en punto de partida para reformas políticas. El primero, recogiendo su experiencia agraria y militar, concibe la idea de un gran Estado territorial, gobernado por un plantel de guerreros y un rey con educación filosófica. El segundo logra una síntesis magistral de los distintos aspectos de la doctrina del maestro, los elabora y profundiza, y traza el plan de un Estado perfecto gobernado por filósofos.—MANUEL JIMÉNEZ DE PARGA.

MARTIN (Víctor): *Sur la condamnation des athées par Platon au X<sup>e</sup> Livre des Lois*, en «*Studia Philosophica*», Zürich, vol. XI, 1951 (págs. 103-154).

En el estudio sobre la posición platónica respecto al ateísmo, el autor, citando al conde de Nony, examina la semejanza reinante entre la crisis de las con-

ciencias que sobreviene al mundo griego en tiempos de Platón y la que nos asalta a nosotros mismos. En uno y otro caso existen causas comunes: tal la irrupción de nuevas escuelas «científicas» bajo un módulo de materialismo racionalista.

Platón hará al ateo no sólo reo de las leyes divinas, sino también de las humanas. No son sólo sacrílegos: llevan en sí potencialmente todos los crímenes contra la ley. Ante ellos no cabe sino «esclarecer sus conciencias» o desgajarlas de la polis con el destierro o la muerte.

«El alma es ese movimiento que tiene el poder de producirse a sí mismo.» Fundándose en la existencia del alma individual y su inmortalidad, asciende Platón a la demostración de un dios, alma del universo, conservador de su íntima armonía. En el hombre, a consecuencia de sus tres almas, podrá reinar la disonancia.

Respecto a la lucha práctica contra el ateísmo en el sistema platónico, Martin anota una interesante actualidad: reeducación de los «ateos honestos», capaces aún de reforma; pero pena de muerte para los recalcitrantes (con agudeza evoca los procesos de Nüremberg).

Cita finalmente el ejemplo de Napoleón, «que estimaba el ateísmo como algo nefasto para la sociedad, a pesar de no ser él mismo creyente». Sin embargo, subraya Martin, esto no corresponde totalmente al concepto religioso de Platón, «intelectual a lo religioso o religioso a lo intelectual». Frente a la disociación mística de sus días, Platón intentó una renovación interior. «El culto exterior, sin el riego de lo interno, es un esqueleto sin vida.» La táctica socrática está de nuevo en juego. *Interiorización*: he aquí el lema para nuestra propia sociedad, tan semejante en muchos aspectos a aquella en que vivió el autor de *Las leyes*.—SALCEDO, S. I.

SULLIGER (Jacques): *Platon et le problème de la communication de la philosophie*, en «*Studia Philosophica*», Zürich, VI, XI-1951 (págs. 155-175).

Platón, por filosofía —cuenta el autor— no entendió sólo una cadena de pensamientos desvinculados de toda táctica. Platón pretendió con la filosofía «provocar en el hombre una auténtica vida espiritual». De aquí se desprende fácilmente que la filosofía, si quiere